UNA ESPOSA CRIMINAL.

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

POR

D. JOAQUIN ALBERT DE ALVAREZ.

Barcelona:

IMPRENTA DE A. ALBERT, CALLE DE S. PABLO, NÚM. 30.—AÑO 1844.

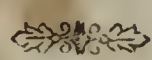
UNA ESPOSA CRIMINAL.

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

POR

D. JOAQUIN ALBERT DE ALVAREZ.

Barcelona:



IMPRENTA DE A. ALBERT, CALLE DE S. PABLO, NÚM. 30.—AÑO 1844.

es cosa de nunca acabar. *Con autoridad.* Señora Marta, es indispensable que V. entienda, ahora y para lo succesivo, que con mucha frecuencia se estralimita de sus funciones, que infringe con notable escándalo el consorcio y no sé cuantas cosas mas. Las espresiones que ha vertido V. aqui, en en este mismo lugar, necesitan una pronta y cabal reparacion, ¿se me entiende? *Se ha ido acercando á su muger poniéndole en un momento de arrebato el cepillo hasta la punta de la nariz,* firme aqui, voto á cien.

Marta. Dá algunos pasos atrás quedándose Despré en la misma actitud amenazadora. ¿Pero, que has perdido el juicio, Despré? ¿A qué viene poner un gesto y unas maneras tan feas? Cualquiera que te observase en semejante actitud creeria que te encuentras poseido de los efectos mas destemplados de indignacion y de ira.

Despré. Repuesto ya. Es mucha verdad, mi querida Marta, pero, que quieres, *se encoje de hombros*, es mi genio, mi natural inclinacion; y á un hombre de la edad cual yo no hay que pensar en darle vueltas. Con estos preliminares, no debes estrañar los arrebatos que con tanta frecuencia me avasallan haciéndose superiores á mi voluntad. ¡Has llamado roido cronicón á este sombrero! pues es preciso que entiendas que has ensartado uno de los mas estupendos despropósitos.

Marta. Riéndose. Ja, ja.....

Despré. Muy bien, esto es, tómalo así, acabas de manifestar tu supina ignorancia. Este sombrero tal como está, miento como un bestia que llevaba por cimera hermosos plumages blancos, *saca un pañuelo blanco de la faltriquera y lo coloca en la parte superior del sombrero*, pues señor, lo mismo tiene. Como iba di-

ciendo, *sé lo mira con orgullo y satisfaccion*, este sombrero lo ha ennegrecido el humo de la pólvora en cien combates. En los campos de Derby, de Rolsten, de Ensbrun, en tantos y tantos otros cuyos nombres mi memoria no alcanza ahora; en el ataque y toma del memorable puente de Saint-Brienne donde tu marido que está aqui presente salpicó la tierra con una buena porcion de su sangre; en el asalto terrible y desesperado del castillo de Fleville cuya jornada fué preconizada por la Francia entera rodeando á nuestro amo una aureola en toda su pulcritud y su esplendor; en otros encuentros mil este sombrero ha sido el terror de los enemigos de nuestra patria.

Marta. Yo no puedo concebir, querido Despré, como el cardenal-ministro ha pagado con semejante ingratitud los eminentes servicios de nuestro amo.

Despré. Ni yo tampoco; pero al último, esto no son cosas de que ni tú, ni tu marido se deban ocupar. Ahora, por lo que hace al cuerpo de egército que estaba á las órdenes del general, cuando llegó á su noticia que el gobierno lo removia del mando, se movió una zambra de todos los diablos. Por quien soy que no fué nada lo del ojo. Los soldados, cuydado que cada uno valia á lo menos por diez, dando espansion á su ciego frenesí empezaron á poblar los ayres con una gritería espantosa de modo que daba serios cuydados á restablecer el órden y tranquilidad en las filas. Nadie podia preveer el desenlace de aquella escena de confusion á no presentarse el general en medio del campamento. Mira, Marta, sin embargo de los años que han transcurrido desde que aconteció este suceso, tengo tan presente las espresiones que nos dirigió, que sino fuese..... ¿sabes si está en casa el amo?

Marta. Hace mucho rato que no le he visto.

Despré. Vamos, habrá salido; á propósito, *coloca á su muger en el dintel de la puerta del fondo*, escucha, Marta, si alguien se acerca avísamelo al momento.

Marta. ¿Que pretendes hacer, ahora?

Despré. Nada de malo, muger; dame ese gusto, yo tambien soy condescendiente cuando tu quieres.... bueno, estás perfectamente. *Siéntase en una silla como si estuviese montado en un caballo, dando las espaldas á una de las puertas laterales; cúbrese con el sombrero del general y esforzando la voz como si la dirigiese á la multitud.* Valientes del egército, acaban de comunicarme la desagradable noticia de haberse promovido en este campo una insurreccion, efecto segun parece de la órden superior que vuestro general recibió en la noche de ayer. Yo no podia creer de mis subordinados tan torcido proceder despues de las infinitas pruebas de adhesion y lealtad que en todos tiempos me habian dispensado. Si el gobierno me separa de vosotros por breves dias, ha sido para llamarme á su lado á desempeñar negocios mas arduos, mas importantes; y esa disposicion es para mi tanto mas satisfactoria, *sale el general por la parte opuesta parándose á escuchar á Despré que engolfado en el calor de su arenga no ha observado su llegada*, en cuanto dá una idea de que mis conocimientos pueden servir de utilidad y provecho á nuestro soberano. Soldados, ahora mas que nunca la patria combatida por los enemigos de su prosperidad y su reposo necesita de vuestros esfuerzos; aquel puñado de cobardes que nuestra generosidad é hidalguía tantas veces perdonó, se presentan orgullosos coronando las elevadas cimas que teneis á vuestro frente, vedlos allí..... *vuelve de un golpe la silla há-*

cia el general cuya presencia le causa una sorpresa tan grande que no atina á desenredarse de su posicion. Marta al ruido que ha causado su marido se vuelve y apercibiéndose del cuadro que está formado á sus espaldas, deja escapar un agudo chillido.

ESCENA II.

DESPRE, MARTA, EL GENERAL.

General. Sonriéndose. Perfectamente, muy bien, vamos, que tienes una memoria estraordinaria. ¡Que me place escuchar tu arenga!

Despré. Se levanta procurando reponerse de su turbacion. Perdonad, mi general, no puedo mirar este sombrero, *lo tiene en la mano*, sin que recuerde á mi imaginacion aquellos plácidos dias que tanta gloria dieron á la Francia al través de las vicisitudes que agitáran su suelo. Entonces las armas de la patria hundian bajo su formidable peso cuantos óbices á su paso se alzáran. ¡Que egército ha conseguido mas grandes triunfos que el del esclarecido marques de la Force!

Gener. No nos ocupemos de eso, Despré, porque cuando me acuerdo de las maquinaciones rastreras que pusieron en juego mis contrarios de la corte para lanzarme á la obscuridad, se acrecienta terriblemente mi dolor. No fuí yó solo contra quien descargó sus destemplados enojos el cardenal-ministro. Los generales de mas valía y que gozaban del aura popular fueron reemplazados bien pronto por personas, que quizás no se les anubló la frente en el momento de abjurar sus principios ofreciéndose en holocausto ante las inmundas aras de Richelieu. ¡Almas bajas é inconstantes que solo respirais el metífico aliento de la adulacion y del vicio!

Despré. Quizás el lenguage de un anciano criado os ofenda por lo eccesivo de su severidad, lejos de mi semejante pensamiento. El interés que el fiel Despré ha manifestado en todos tiempos por la suerte del mariscal de la Force, le induce á creer de que sus palabras unicamente serán recibidas como una muestra de su acrisolada lealtad y confianza. Cuando por la última vez os presentasteis frente el egército donde vuestro acento con tanta facilidad apaciguó el tumulto, ¿porque no esponiais los verdaderos motivos que daban lugar á vuestra separacion? ¿Pensais, acaso, que una buena porcion de los que con tanto anhelo os escuchaba, dió ascenso á la nueva del reciente nombramiento de su general? ¡Como podia ser asi cuando vuestro eccelso nombre ponia á raya la desmesurada ambicion del ministro!

Gener. En aquel momento de grave conflicto mi imaginacion no alcanzó otro medio para conciliar las voluntades, era el único á mí ver capaz de contener los desmanes de la soldadesca desenfrenada. Si hago mil pedazos de la real órden que con urgencia acababa de recibir, ¿quien me podia asegurar que se unirian á mi causa Monmorentci, Duncan y Brisác? ¿No continuaban todavia en el mando de sus tropas? Seguramente que aquella fué la época en que Richelieu puso en ejercicio toda la fecundidad de su talento, por cuanto solo destituyéndonos en detáll podia conseguir hacerse suyo el egército. En fin, todo ha acabado ya. De mis pasadas glorias solo queda un recuerdo bien triste por cierto que conturba la memoria en medio de la soledad y abandono que mis émulos me han lanzado. El valor del marques de la Force se ha enervado con los años, y en el dia no puede pensar mas

que en su muger y sus amigos. Marta, ¿está Luisa en casa todavía?

Marta. Si señor, ¿quereis que la llame?

Gener. No, no, voy á salir. Oye, Despré, si viene el caballero Santerre, dile que al momento estaré de vuelta.

Despré. Muy bien.

ESCENA III.

DESPRE, MARTA, LUISA.

Marta. ¿Se ofrece alguna cosa señora?

Luisa. No, amigos mios. ¿Despré, que pretendes hacer con ese sombrero?

Despré. Nada; como hacia tanto tiempo que estaba arrinconado, me ha ocurrido el pensamiento esta mañana de examinar si se conservaba. Ya lo veis; ¿no es cierto que está todavia en buen estado?

Luisa. En efecto; mas el tiempo que atravesamos no es el mas propio para ocupar el lugar que le pertenece.

Despré. Me conformo con vuestro parecer, porque mientras el cardenal dirija á su placer y su capricho las riendas del estado, no cesará de humillar y abatir á cuantos esclarecidos varones pueden hacerle sombra en el gobierno. Pero, si ocupamos por un momento nuestra imaginacion en los sordos rumores que por todas partes cunden, en la conflagracion general que se nota desde el uno al otro confin de la Francia con el objeto de arribar el suntuoso pedestal donde descansa el coloso, ¿creeis que resista á tan rudos como desesperados golpes?

Marta. Que te sabes tú, siempre has de meter el hoci-

en cosas de gobierno. ¡Que lástima que nuestro rey Luis desperdicie hombres de tu catadura!

Despré. Montando en cólera. Mire V., señora, que tiene brios sentirse articular en las barbas tanto cúmulo de necedades. *dirigiéndose á su muger* Por vida de..... no se quien detiene mi diestra. Si no estuviésemos en el lugar que nos encontramos..... *refunfuña.*

ESCENA IV.

DESPRE, MARTA, LUISA, SANTERRE.

Santerre. Sale por la puerta del fondo. Rencillas entre marido y muger, esta si que es otra. Mucho me estraña Despré que la presencia de la señora marquesa no haya sido suficiente para contener vuestros primeros momentos.

Despré. La señora marquesa sabe bien quien ha sido el agresor en esta contienda conyugal; conoce, señor de Santerre, si yo tengo trazas de provocar ni mucho menos de insultar á nadie? Ya está visto, mi muger ha de hacerme perder la cabeza, si señor.

Santerre. ¡Es posible, Marta!

Marta. No haga V. caso, mi marido tiene un genio muy penetrante de modo que la mas ligera espresion basta y sobra para ecsaltar su bilis. Los años y las vicisitudes de la naturaleza han torcido demasiado el árbol para poderlo aderezar.

Despré. ¿Que estás hablando ahora?

Marta. Vamos, no vuelvas á incomodarte, no lo digo para tanto. Despré, nuestras obligaciones nos llaman á otra parte.

Despré. Efectivamente, ya me habia olvidado; es que un

hombre tiene tantas cosas que le baylan aqui dentro; *señala la frente*, voy al momento, Marta. Señor de Santerre, el general me ha dado un encargo para V.

Santerre. ¿Sepamos?

Despré. Que si V. se acercase por aqui durante su ausencia, le dijese que pronto estaria de vuelta.

ESCENA V.

LUISA, SANTERRE.

Luisa está sentada en un sofá, Santerre en una silla á su lado.

Santerre. ¡Que pareja tan honrada y apreciable, todo sè les puede disimular! ¿Luisa, continua en buen estado vuestra salud?

Luisa. Si señor.

Santerre. ¿Me parece que estais algo triste?

Luisa. No tal; diga V. señor de Santerre, ¿es verdad que empieza ya á cansarse de concurrir á nuestra reunion?

Santerre. ¡Cansarme yo!

Luisa. Si; hace cuatro noches que no tenemos el gusto de verle; yo he pensado que su proceder de V. respecto en este punto no tiene otro orígen ni fundamento que el que dejo insinuado.

Santerre. Os equivocais, Luisa; varias veces os he abierto con toda franqueza mi corazon y no ignorais lo que dentro de él está pasando. Yo quisiera permanecer siempre junto á vos, nutrirme con el ambiente que vivifica vuestra preciosa existencia, pero.... *agita la cabeza*, vos me rechazais.

Luisa. No creo engañarme en mi propósito si le digo que con bastante frecuencia se manifiesta algo injusto.

Santerre. ¿Y en que lo fundais? cuando considero que mi presencia de vos no es buscada, ¿que quereis que piense? que es una prueba bien convincente de que no os causa ningun placer.

Luisa. Tambien puede no ser cierto cuanto acaba V. de manifestar. Ahora, si yo preguntase, si mi proceder le ha dado á creer alguna vez que he esquivado su persona, que responderia entonces?

Santerre. Tan solo que no os inspira temor mi recelo alguno. Escuchad, Luisa; en este precioso momento que nadie nos oye, *vuelve la cabeza*, quiero descubriros la verdad de mi pensamiento por mas dura y amarga que os parezca; *Acerca la silla*, *Luisa se manifiesta algo distraida como que no toma mucho interés á lo que vá á oir.* Hace algun tiempo que estoy notando la disposicion de vuestros sentimientos con la mirada certera de un hombre en aprovechar la menor circunstancia, y estoy convencido de que..... *la mira con pasion.*

Luisa. Baje V. mas la voz.

Santerre. No amais á vuestro marido. *Luisa hace un movimiento de sorpresa.* Permitidme continuar. Os portais con el general con el tino y circunspeccion con que debe portarse una esposa, para que sin hacerle feliz, no tenga que reconvenirla en lo mas mínimo; hé aquí el resultado de mis largas y profundas meditaciones. Ahora bien, decid, si me he equivocado. *Luisa no acierta á contestar*, ¿Titubeais? ¿No respondeis? ¡Ah! ¡Porque tanta reserva para conmigo! Porque me tratais así! Vuestra misma frialdad, vuestro eccesivo rigor, me han desafiado; y yo insensato he

aceptado el duelo con toda la violencia é iracibilidad de mi caracter. Yo os amo, Luisa, con ese afecto esplendente del alma, rocío sagrado que destruye bien pronto el soplo metífico de la adversidad, y del que cada gota bienhechora se ha cambiado con vuestra marcada indiferencia en lágrimas de fuego que han exacerbado mi existencia. Vos ignorais que bajo mi crisálida apariencia existe un amor que necesita saborearse con los aromáticos perfumes de las flores de la vida, y con la vida de las flores que esmaltan y embellecen vuestro corazon. Si antes no os he descubierto mi amor, si no os he hablado del fuego voraz que abrasa y consume mi pecho, ha sido á causa de la sonrisa de incredulidad con que acogiais mis primeras palabras.

Luisa. Se levanta muy tranquila. No hable V. tan alto, Santerre, por Dios se lo suplico; podrian oirle y debe conocer que me haria muy desdichada.

Santerre. En pié junto á Luisa. Y bien, podré esperar que seais sensible á la pasion que vuestros atractivos me han inspirado? *Con calor.* Cuando estoy lejos de vos padezco mil martirios, y al aproximarme vuestra presencia misma me turba y anonada. Mirad, Luisa, aun ahora que os estoy hablando ignoro si me escuchais y comprendeis, porque vuestros hechizos enagenan mis ideas, y me hacen tal vez indiscreto ó temerario. *Durante esta narracion Luisa ha manifestado mucha impaciencia.*

Luisa. Sosiéguese V., Santerre, merezca yo á lo menos este singular favor. Debe V. considerar que escuchando sus palabras me olvido de mi misma, mi corazon no me pertenece; puede V. pensar el sentimiento que han de causarme sus atenciones. Vamos, no hablemos

mas de eso, *con amabilidad*, ¿ querrá V. enojarme?

Santerre. No, Luisa; conozco que he obrado mal y os pido mil perdones; mis labios no volverán á abrirse para haceros oir dulces coloquios de amor. ¿ Porque cruel me reusais?

Luisa. Agradezco su condescendencia, Santerre; una cosa queria decirle... á, ya. ¿ Quiere hacerme el favor de dibujar dos letras góticas para la punta de mi pañuelo?

Santerre. Con mucho gusto. *Saca una carta y un lapiz.* ¿ Que letras quereis?

Luisa. Una L, y una B.

Santerre. Una L, y una F, tal vez.

Luisa. No señor, ya digo bien; una L, y una B.

Santerre. Lo advertia tan solo porque la L, y la F, son vuestras iniciales. *Ha estado dibujando las letras.* Tomad. *Luego de haber entregado la carta se marcha.*

Luisa. ¡ Santerre, y esta carta! *la arroja al suelo.*

Santerre. Desde el umbral de la puerta. No sabia como ponerla en vuestras manos; tened cuydado, mirad que el sobre vá dirigido á vos. *Desaparece.*

ESCENA VI.

LUISA.

Luisa, despues de vacilar un breve rato recoge la carta. ¡ Que voy á conseguir en leerla! su contenido me lo acaba de manifestar ahora mismo. Entonces, ¿ porque escribirme? Mucho me temo de la violencia de su pasion. ¡ Desgraciado! ¡ En que abismo de males te conduce tu ciego frenesí!..... veamos, *lee*:

« Hermosa Luisa: la confusa turbacion en que algunas

« veces os he encontrado, ha retenido mis palabras; y « temiendo ofenderos, he procurado reprimir, si bien « que con profundo sentimiento, los transportes de « mi alma enamorada. Una pasion ilusoria, fugáz, fa- « cilmente se esplica, pero, ¡cuan diverso es el fuego « que abrasa mi existencia, y que en vano intentára « estinguir su llama! Mi suerte, adorada Luisa, se ha « decidido ya, ella se encuentra sometida al mágico « poder de vuestros encantos. Sois árbitra de mi desti- « no, y una palabra tan solo deslizada de vuestros an- « gelicales labios puede labrar para siempre la felici- « dad, ó condenar á derramar eternas lágrimas á vues- « tro apasionado, Ernesto Santerre. » *Hace ademan de romper la carta.* No, es preciso que Bernal lo sepa todo y acabar de una vez tanta angustia y tanto penar. *Muy conmovida.* ¡Dios eterno, que triste situacion es la mia! ¡Un esposo anciano á quien venero sin amarle; Bernal cuya preciosa existencia ha podido ofuscar mi razon en un momento de frenesí y de delirio; Santerre que me abruma y me cansa con tanto querer!!! ¡Ay de mí! el corazon se me parte cruelmente al impulso de tan encontrados afectos!

ESCENA VII.

LUISA, BERNAL.

Luisa que ha notado la llegada de Bernal se dirige á su encuentro.

Luisa ¡Bernal soy muy desgraciada!
Bernal. Sorprendido. Y eso, ¿que te ha sucedido?
Luisa. Santerre ha estado aquí.

Bernal. Con prontitud. Y bien !.....

Luisa. Ya me lo temia ; sin embargo de todos mis esfuerzos y estudiada premeditacion , hoy no he podido escusar su presencia. Esta es la carta que ha puesto en mis manos ; leéla y comprenderás el motivo de mis sobresaltos.

Bernal. La leé de una ojeada y devolviéndosela con mucha tranquilidad. Y bien , ¿ que pretendes hacer ?

Luisa. Todavia no lo he pensado.

Bernal. Entonces , es preciso que el general se entere tambien de su contenido..

Luisa. ¡ Como ! mi esposo !.....

Bernal. ¿ Porque no ?

Luisa. Me sorprende verdaderamente tu lenguage. ¿ No consideras que adheriéndome á tu parecer voy á sembrar la amargura y el desconsuelo en el virtuoso corazon de mi marido ? ¿ Y si arrebatado por un ecceso de furor se lanza á vengar tamaño insulto , no temés que tenga eso un desenlace funesto ?

Bernal. Tranquilízate , Luisa ; yo me persuado de que tus recelos no se verán cumplidos. El general pesará con su debida maduréz toda ulterior resolucion ; y tanto mas me complazco en creérlo así , en cuanto su amistad para con Santerre raya en idolatría deduciendo de eso , de que por grave que sea el recibido ultrage quizás su magnanimidad perdonará. Por acerbo que sea el dolor que en su alma infunda ese papel en hora fatal escrito , ¿ podrá compararse jamás con el que tanto tiempo me atormenta ? *Con sentimiento.* Cada vez que mi vista se fija en el semblante de tu marido, un frio sudor hiela la sangre del corazon , ciérranse los ojos á la luz y el mundo entero no es para mi existencia mas que un caos tenebroso. ¡ De que ha ser-

vido que la naturaleza se complaciera en prodigar sus dones á una de sus mas perfectas criaturas si su vida habia de unirse á la mia para colmo de desventura! Hubo un tiempo en que el nombre del Marques de la Force estendióse prodigiosamente desde el uno al otro confin de la Francia; mas tarde sus hechos vinieron á ser mas grandes, mas preclaros, entonces su reputacion tomó mas raudo vuelo; ¿quien ensalzó sus triunfos? ¿Quien tomó á su cargo transmitir á la posteridad el recuerdo de sus eccelsas glorias? *Con desesperacion.* Yo, Carlos Bernal, el famoso literato del siglo XIII como lo han dado en llamarme mis contemporáneos. Despues, *Luisa está sollozando*, dejámelo recordar, Luisa, ahoga tus quebrantos!... cuando la fortuna en su inconstancia cesó de seguir sus huellas al que parecia su predestinado, en su adversa suerte y contrariedad, ¿quien de sus furibundos émulos ha descargado cual yo mas fieros golpes sobre su existencia?

Luisa. Por Dios, Bernal, no acrecientes con tu afliccion y desconsuelo mi dolor. Ya que el amarnos es un crímen, ¿tendremos un corazon tan ruin, tan protervo, que queramos nutrirnos encenegados en él? Lejos de nosotros una pasion que nos envilece y degrada hasta á nuestros propios ojos. Opongamos una valla insuperable al desvarío de nuestra imaginacion y cese de una vez tan grave conflicto. ¿No es cierto, amigo, que cumpliremos con lo que nos debemos á nosotros mismos y á la sociedad obrando así?

Bernal. Tienes razon, Luisa; tus palabras han sido un bálsamo consolador, han echado el sello á mi destino. ¡Insensato! ¡Hasta tal punto de corrupcion y de escándalo me ha arrastrado mi ciego frenesí que no ha-

ya fijado el pensamiento en el dolor y eterno llanto que envolvia á uno de mis semejantes, modelo de virtud y perfeccion! Ahora que el denso velo que ofuscaba mi imaginacion se ha descorrido ya, es cuando conozco si bien que tardío toda la enormidad del crímen. General, voy á libraros de mi presencia, quiero abandonar estos lugares que he contaminado con mi aliento fatídico, y lejos, bien lejos de aquí espiar los actos de mi vida pasada... *Sobresaltado*, Luisa, me parece que alguien se acerca.

Luisa, corre á la puerta del foro y se vuelve precipitadamente. Es verdad, es mi marido. *Bernal busca donde ocultarse, Luisa le señala una de las puertas laterales.* Ahí dentro.

ESCENA VIII.

LUISA, EL GENERAL.

General. Desde dentro. ¡Morir en un cadalso personas tan ilustres! *Entrando*, Luisa, ¿no sabes las grandes novedades?

Luisa. No.

General. Ya me lo figuraba yo; las mugeres ignoran siempre las noticias mas importantes. Por vida de.....

Luisa. Vamos, ¿que es lo que sucede?

General. No lo creerás, horrorízate; ha sido condenado á muerte nada menos que el ilustre mariscal de Montluc, el descendiente de los Tayllerand-Perigord que hace dos años que reynaba en el Querci.

Luisa. Con sorpresa. ¡Como es posible!

General. Y tan posible, que ha sido egecutado ya. Abandonada la ilustre víctima á las manos inespertas de un

verdugo novicio, ha sufrido treinta y nueve golpes para separarle la cabeza de su tronco.

Luisa. ¡Que horror! ¿Pero, su familia no acudió á Luis XIII á implorar su clemencia?

General. Si, su anciana madre le escribió una carta capaz de conmover el mas endurecido corazon. Los amigos fieles de Chalais compraron á muy crecido precio la fuga del egecutor; todo fué en vano; en virtud de una órden que ha espedido el cardenal-ministro la igualdad de la cuchilla queda establecida para siempre en Francia.

Luisa. ¿Como se han atrevido los jueces pronunciar tan tremendo fallo?

General. ¡Oh! la facundia de Richelieu es notable por su grande sagacidad y prevision. Con el objeto de inspirar terror á los mas elevados personages, ha sustituido verdugos á los justicieros magistrados, bajo el nombre de jueces comisarios. Por supuesto que nuestro amigo Santerre no ignorará estas grandes novedades; como que pensaba encontrarle aquí.

Luisa. Hace muy poco que se ha marchado.

General. ¡Que jóven tan escelente, querida Luisa! vale lo que generalmente se dice un mundo. Lo que mas me admira en él es la oposicion sistemática que está haciendo al gobierno del cardenal; de modo que cuando no reuniese otra circunstancia sus opiniones políticas le grangearian toda mi amistad y confianza.

Luisa. En verdad que mucho me estraña la deferencia que para con él manifestais; yo no sé, y tal vez me equivoque, pero paréceme que no es acreedor á ella por ningun concepto.

General. Sorprendido. ¡Como que no es acreédor! ¡Que diablo! tu lenguage es tanto mas incomprehensible, en

cuanto tu misma, ayer por no remontarnos mas lejos, no tenias bastantes palabras para canonizar sus virtudes y su civismo.

Luisa. Nada de particular tiene eso, y sino en vos mismo teneis el egemplo. Hace unos ocho años que todos hablaban del general marques de la Force con el mas profundo respeto y veneracion; su nombre vino á ser tan popular que no habia un miserable y reducido albergue en que se le dejase de erigir un monumento para eternizar su memoria. En el dia ya lo veis, ni débil sombra de lo que fuisteis sois ahora. El gobierno os ha arrinconado como á un objeto inútil y de ningun valor, y para dar impulso á la obra de sus manos, asalariados escritores ponen en ridículo vuestra persona valiéndose del sarcasmo y de los mas feos dictados.

General. ¿Pero, á que viene tanto ruido? Vamos á ver.

Luisa. Leéd con detencion esta carta *la pone en sus manos* que me ha entregado vuestro amigo Santerre. *Vase.*

ESCENA IX.

EL GENERAL.

Abre precipitadamente la carta y la lee murmurando. De pronto vuelve la cabeza hácia donde estaba Luisa, observa que se ha marchado; continua su lectura con marcadas muestras de cólera y de indignacion.

General. Alto. «Sois árbitra de mi destino, y una pala-
« bra tan solo deslizada de vuestros angelicales labios pue-
« de labrar para siempre la felicidad, ó condenar á derra-
«mar eternas lágrimas á vuestro apasionado, *sufocado por*
« *la cólera*, Ernesto Santerre.» *Cruza los brazos* ¡Ernesto

Santerre! *Frenético lleva las manos al costado creyéndose tener su espada y en esta posicion se dirige á grandes pasos á la puerta del foro.* ¡Donde está ese miserable! ¡En que lugar se sustenta el abominable monstruo! *Retrocede*, Que salga de la sentina del vicio donde inmundo se arrastra y que venga si se atreve á arrebatarme á mi muger, á la muger de mis entrañas; que venga, si; te se ha caido el antifáz con que encubrias los mas nefandos proyectos y tu rostro ha aparecido mórbido, tiznado de feos lunares; ea, *se pasea desesperado*, vamos, pues, á que tanto tardar! ¡Cobarde! ¿Tienes miedo en el corazon? ¡Aguzas quizás la punta de tu puñal para sepultarlo alevoso en las entrañas del anciano marido de aquella que escogiste para tus livianos placeres! Míralo con que brios te está aguardando, se ha remozado para hacerte espiar la obra de tu negra iniquidad y tu infamia!!!! *Se pára sumamente agitado y hace esfuerzos para reponerse*, Pero..... es un sueño lo que por mi está pasando!.... *pasea la vista por todas partes*, no; es una amarga verdad. *Poniéndose las manos en el corazon.* El mal se ha concentrado aquí y su intenso dolor me consume y me mata. ¡Ay! tristes desengaños de una amistad faláz cuan crueles para mi habeis sido! Sin embargo, todavía es tiempo de conjurar la tempestad que tan de cerca amenazaba envolverme en sus horrores, si; Luisa se ha acordado que era esposa, y los deseos impúdicos de un hombre desleal han venido á estrellarse ante su acrisolada honradéz y su virtud. *Vuelve la cabeza hácia la puerta donde se fué Luisa mientras Bernal abre la otra que está opuesta saliendo con mucha precaucion sin notarlo el general*, Luisa! eres un dechado de fidelidad y de pureza. Tu corazon

es un claro espejo que infunde sobre mi cansada existencia los mas súblimes y admirables destellos de luz celestial. ¡ Que hermosa con tanto heroismo ! ¡ Que son á tu lado esas eccelsas heroinas que han aparecido en la sociedad rodeadas de una aureola en toda su pulcritud y su belleza ! Nada, una sombra efímera que se apaga al suave soplo de tus encantos. Quizás en este momento Santerre espere una contestacion. *Se pone á reflecsionar.* Sí, sí, es el único medio; que salga de aquí, que vaya lejos, bien lejos; su presencia recordára á mi memoria sus depravados intentos y me haria desgraciado.

ESCENA X.

EL GENÉRAL, SANTERRE.

Santerre. Buenos dias, mi querido general.

General. Con sequedad. Buenos dias.

Santerre. Oyga, muy pensativo estais á lo que parece.

General. No tal.

Santerre. ¿ Puede saberse el objeto que ocupa en este momento vuestra imaginacion ?

General. Sonriéndose. Pardiez, estaba pensando, mire V. que es graciosa la salida, que el señor de Santerre debe ser un solemne loco para haberse enamorado de mi muger.

Santerre. Asombrado. Yo, general !.....

General. Si, amiguito, V. V.; no venga ahora á negarlo.

Santerre. General, os juro.....

General. Con dignidad. ¡ Que es esto de jurar ! No mienta V., caballero, porque la mentira es un feo borron,

es indigna de un hombre de honor; á lo menos esfuércese V. en no despojarse de tan noble atributo.

Santerre. Pero, general, yo no entiendo.....

General. Montando en cólera. ¡Que!!!

Santerre. ¿Quien os ha podido contar todo eso?

General. ¿Quien?..... Quien?..... *agita la cabeza.*

Santerre. Acabad.

General. Clavándole los ojos. Mi muger.

Santerre. Herido como de un rayo. Como!.....

General. Si, no crea V. que ella se equivoque. ¿Quiere V. pruebas que hablen? Mas, no se necesitan; basta mirar su rudo semblante para juzgarle.

Santerre. ¿Que pruebas podeis aducir?

General. Mil rayos, ¿todavia me sale V. con eso? Aqui tiene la carta que no hace mucho ha puesto en las manos de mi muger, V. conocerá si es la misma; ¿que tal? no aparte la vista, hombre; ¿quiere tomarse la molestia de leérla? ¿No? Yo estoy mas tranquilo y podré hacerlo con mucha facilidad; verá V. como concluyo en un instante. *Abre precipitadamente la carta y se prepara para leérla.*

Santerre. Tapándose los oidos. No, general, no la leais.

General. La rompe en mil pedazos. ¡Desgraciado! ¡Con que es verdad cuanto ha escrito V. en ella! ¡Son tales como los pinta los tormentos que su alma padece! ¡Es cierto que una palabra tan solo deslizada de los angelicales labios de la esposa del general la Force puede labrar para siempre la felicidad de Ernesto Santerre ó condenarle á derramar eternas lágrimas!

Santerre. Sollozando. ¡Ay!!!

General ¡Decid!.....

Santerre. General, no aumenteis por Dios mi quebranto acerbo.

General. ¿ Pero , que es lo que resuelve V. ?

Santerre. Matadme ; ¡ para que quiero yo la vida ! Su peso me seria insufrible , demasiado tormentoso..... ¡ Herid , general , descargad vuestro justo furor !

General. No , no quiero derramar sangre , repugna á mi corazon llegar á tan fatal estremo. Señor de Santerre, mañana saldrá V. de París , viajará por Italia ó Alemania , donde mejor le plazca ; y cuando de su pasion insensata no quede vestigio ni señal alguna , vendrá otra vez aquí, al lado de sus mejores amigos. Estamos entendidos , eh ?

Santerre. Si , mañana partiré.

General. Apretándole la mano. Perfectamente , asi me gusta ; considero inútil decir á V. que tiene á su disposicion cuanto necesite , dinero , cartas de recomendacion.....

Santerre. Dejando la escena. Muchas gracias , general.

General. Vá trás él. Mire V. que le ofrezco todo eso como lo haria un honrado padre ; no hay que enfadarse , no señor , no faltára mas. ¿ Lo reusa V. ? Pues bien.

ACTO SEGUNDO.

Es un salon decentemente amueblado en casa del general con un tabique pegado en uno de los lados donde pueda ocultarse un hombre.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen sentados el GENERAL, LUISA, EL BARON DE CLINCI Y SU ESPOSA.

Baron. Es decir, general, que sin embargo de haberse declarado la reyna-madre partidaria del ilustre duque de Saboya no se ha podido conseguir el apetecido triunfo sobre la persona de Richelieu.

General. Muy al contrario, esa liga ha producido resultados por cierto bien funestos. Vos no debeis ignorar, señor baron, que los dos hermanos Marillác estaban iniciados tambien en el plan.

Baron. Es verdad, mas debo confesar que me causó mucha estrañeza al comunicárseme semejante noticia;

porque, ¿á quien no hubiera sucedido otro tanto sabiendo la intimidad con que se trataban esos dos personages con el ministro?

Carolina. Segun voces, y por cierto bastante generales, la reyna-madre llegó hasta el estremo de acusar en presencia del rey al cardenal de tener proyectado el casamiento de su sobrina madama de Combalét con el conde de Soissons, en cuya cabeza debia sentar la corona de Francia.

General. Asi sucedió en efecto; Maria de Médicis con la voz sufocada por los sollozos y su copioso llanto pudo conseguir enternecer el corazon de su hijo que al fin accedió á lo que desde tanto tiempo y con tan grande ahinco se estaba trabajando. Segun se encaminaban los sucesos parecia que el destello de rielante luz que rodeaba al ministro estaba próximo á su ocaso, que el ridículo aparato de su poder y su grandeza iban á hundirse con estrépito para nunca mas volver, cuando una circunstancia imprevista acudió presurosa á su salvacion.

Baron. ¡Mil rayos!.....

General. Habiendo nuestro soberano retirado su confianza al ministro, Saint-Simon, uno de los favoritos de quienes absolutamente no sabia prescindir Luis XIII, se constituyó uno de sus mas acérrimos defensores sin que hasta ahora nadie haya podido investigar el verdadero motivo que le indujo á obrar asi.

Luisa. Ese Saint-Simon, ¿no es aquel pariente del señor de Santerre que nos vino á visitar no hace mucho tiempo á su regreso de la espedicion que le habia enviado el gobierno?

General. Si, el mismo, el que con tanto desprecio se producia siempre que se trataba de la persona del

cardenal. Saint-Simon, pues, con sus amaños y rastreras intrigas pudo ganar la voluntad del monarca hasta el estremo de decidirle á salir para Versalles, que era entonces el punto de reunion para la caza. El cardenal de la Valette, hombre de una proverbial audacia, otro de los hijos de Epernon, reanimó el abatido valor de Richelieu y llevándosele donde el rey se encontraba, logró conseguir una entrevista de la cual no salió sino para ser otra vez el dueño absoluto de la Francia.

Carolina. ¡Que hombre tan singular! ¡Parece el mimado de la fortuna!

Baron. Tiene razon, Carolina; yo apuesto cualquiera cosa que la historia en sus voluminosas páginas no presenta ni remotamente un egemplo de un acontecimiento que se pueda comparar con ninguno de los que con tanta profusion están sembrados en la vida de este sicofanta. Vos, general, que estais mejor enterado de los sucesos, contadnos lo que tuvo lugar despues.

General. Vuelto Richelieu á la gracia de Luis XIII, quiso tomar sobre sus hombros la regeneracion de la Francia y pronto conoció que no podia conseguirla sino sometiéndolo todo á una obediencia comun. Aquí presenta el mundo un episodio de su vida marcado empero con un sello de oprobio y de negra sangre, padron eterno de infamia y de iniquidad. El cardenal-ministro apresta en un momento todos los recursos de su ingenio sútil, toma todas sus medidas, y á los cuatro dias lanza al mal cruel ostracismo á la madre y el hermano del rey á quienes seguramente debiera considerar sus mas acérrimos y declarados contrarios. Creéis, vosotros, que su crueldad y su venganza estaban satisfechos con esa sultánica disposicion? No; en

su delirio espumante, abrasado el corazon por una sed devoradora queria apurar hasta las heces la copa de sangre, no la de un enemigo de nuestros inmortales lauros, sino de un vástago de la raza mas esclarecida de Francia. Manda llamar á su casa de campo de Ruel al desgraciado general Marillác; este temiendo una suerte infausta reclama con decision sus jueces naturales, el parlamento de Paris interviene en masa resuelto á no dejar hollar la justicia de su causa, pero la inflexible voluntad de Richelieu triunfa de las resistencias si cabe mas legítimas.

Carolina. ¿De que delitos se le supuso autor?

Baron. Me parece haber oido que le hicieron pasar por reo de concusion y peculado y bajo tan miserable pretesto fué condenado á morir en un cadalso.

General. Asi sucedió; tratábase en realidad de una causa política intentada y llevada á cabo por un enemigo triunfante contra el vencido.

Carolina. ¿El homicidio jurídico de Marillác arredró á los enemigos del ministro?

General. Al contrario, los ánimos se enconaron mucho mas; solo el guardasellos, hermano del Mariscal, al tener noticia de una muerte tan desastrosa espiró de dolor y amargura en el fétido calabozo en que estaba sumido.

Carolina. ¿No habia decretado la corte su escarcelacion?

General. Si, pero á precio de algunas retractaciones que el guardasellos no quiso dar asenso prefiriendo permanecer aherrojado antes que abandonar en lo mas mínimo la santa causa que abrazára.

Luisa. ¡Que fin tan aciago han tenido esas ilustres personas!

General. ¿Sabeis las espresiones que se oyeron proferir

al mariscal cuando se encaminaba al cadalso? Es cosa bien estraña, dijo, que se me haya perseguido con tanto rigor y obstinacion como se ha hecho. En todo el curso del proceso que contra mi se ha formado no aparece otra cosa que henos, paja, maderas y piedras, y en todo esto las leyes vigentes no señalan pena alguna, ni aun la de dar de palos á un lacayo. Se me acusa del crímen de peculado cuando estoy cargado de deudas y de necesidades; he aducido pruebas para justificarme y los jueces ni siquiera han querido tomar el trabajo de examinarlas. De este modo galardona el rey á uno de sus mas fieles y adictos soldados, asi paga cuarenta años de constantes servicios prestados para la defensa de su causa. Tales fueron las últimas palabras del anciano general Marillác. ¡Quien puede escucharlas sin estremecérsele fuertemente el corazon! *Montando en cólera* ¡Quien no querrá vengar tan crueles asesinatos! *En este momento entran Santerre y Bernal, la reunion que ha observado su llegada se levanta; Luisa no puede disimular un movimiento de sorpresa, Bernal se presenta muy sereno cual si nunca hubiese permanecido en aquella estancia.*

ESCENA II.

EL GENERAL, LUISA, EL BARON DE CLINCI, CAROLINA, SANTERRE, BERNAL.

General. Sale á su encuentro alargando la mano con amabilidad á Santerre. ¡Hola! querido Santerre, ¿V. por aquí? Empezábamos á creér que se habia olvidado de nosotros. Vamos, como ha probado el viage?

Santerre. Perfectamente, general, muy bien; veo con

satisfaccion que el tiempo nada puede con V.V., pues sin embargo de rayar á los cuatro años que dejé estos lugares no encuentro mudanza ninguna en sus personas, esto me complace en estremo. General, aqui os presento un caballero con quien entré en relaciones de amistad en una de las principales ciudades de Alemania; creo que no os disgustará su conocimiento, es el señor Carlos Bernal, el que con tanto acierto como erudicion ha escrito los hechos mas notables de vuestra larga carrera militar.

General. Sorprendido. ¡Que está V. diciendo, señor de Santerre! ¡Será posible tanto honor! *Se acerca á Bernal haciendo una profunda reverencia.* Caballero, no encuentro palabras para manifestar debidamente á V. el placer que me causa su presencia en esta casa. Sus moradores por mas larga que fuese la carrera de su vida, no podrian pagar cual se merecen los inmensos beneficios que en dias acíagos y lamentables les ha V. dispensado. La admiracion llega á su colmo si se considera que ha favorecido á una familia cuyo personal no era de V. conocido.

Bernal. General la Force, si mis escasos conocimientos han podido contribuir en su mas pequeña parte á estender la fama de vuestro eccelso nombre, es el mejor lauro que mi vanidad podia aspirar. Los grandes hechos á que habeis sabido dar cima, la Francia los ha juzgado ya, y nunca los ignorára á pesar de que los historiadores no hubiesen tomado á su cargo el narrarlos. El trabajo es todo vuestro, general, justo es que sea vuestra la gloria que se consiga.

Baron. Con que, ¿este caballero es el que escribió la memorable jornada de Montalbán?

General. Si, querido baron, el mismo cuyos vastos co-

nocimientos tantas veces hemos tenido ocasion de admirar. ¡Como sabe pintar los hechos! ¡Con que criterio y meditacion profunda trata los sucesos mas notables en sus producciones! Sin que sea una lisonja vana, señor de Bernal, *se dirije á él*, debe V. vivir persuadido que sus trabajos literarios dejan muy atrás á los de todos los compositores de su tiempo.

Bernal. Me confundís, general, con los inmerecidos elogios que con tanta prodigalidad me tributais.

Santerre. Bien, sea como se fuere, cada cual para lo que ha nacido, ¿no es cierto señores? Asi tenemos que unos han venido al mundo para precipitar la ignorancia en un profundo abismo difundiendo en todas las clases de la sociedad la rielante luz de la civilizacion; los hay asimismo que con sus proezas y sus hazañas han conseguido que esa misma sociedad se colocase ufana al nivel de las mas grandes y afortunadas de su siglo, asi como otros para no dejar de su existencia mas que un ominoso recuerdo aparecidos en la escena del mundo cual meteoro destructor que abrasa y destruye cuantos objetos á su paso encuentra.

Baron. Es mucha verdad; en este particular mi opinion es enteramente conforme con la del señor de Santerre. Aseguro á V.V. que tengo un sentimiento en que lo adelantado de la hora, *mira el reloj*, no me conceda tiempo á propósito para tomar parte en esta cuestion; otro dia quizás podremos ocuparnos detenidamente de ella abordándola á su verdadero terreno, lo que me causará un inesplicable placer. Carolina, cuando gustes; señores, con su permiso nosotros nos retiramos.

General. Con que, señor baron, á lo dicho; mañana á las nueve le estaré aguardando.

Baron. Si, no faltaré.

Carolina. A Dios, Luisa. *se besan.*

Luisa A Dios, querida mia.

El Baron y Carolina hacen una profunda reverencia á Santerre y á Bernal que corresponden con la misma caballerosidad.

Baron. Señores, aseguro á V.V. que tengo una particular satisfaccion en haber conocido á tan cumplidos caballeros.

Santerre. Muchas gracias.

Bernal. La satisfaccion es toda nuestra, señor baron.

El general y Luisa acompañan á los señores de Clinci, quedándose solos en el proscenio Santerre y Bernal.

ESCENA III.

SANTERRE, BERNAL.

Santerre. Que te parece, amigo, la esposa del general.

Bernal. Distraido mirando las pinturas del salon. Hermosísima.

Santerre. Ya te lo dije. ¡Oh! lo que es en estas cosas no me acostumbro equivocar. *Con sentimiento.* Podrás creérlo, Bernal, sin embargo de la partida infame que me jugó..... ya te lo conté en otra ocasion..... aquello de la carta.....

Bernal. Si, si, me acuerdo; la puso en manos de su marido, y él despues.....

Santerre. Cabal; como decia, el odio, el desprecio que mi corazon ha sentido por esa muger desde el dia de su accion villana, se ha desvanecido como una débil sombra en el momento que mi vista se ha fijado en la suya contemplando estasiada aquel semblante emblema de candor y de belleza.

Bernal. Muy conmovido. ¡ Cielos !

Santerre. Te estraña mi lenguage, querido Bernal, sobrado lo conozco ; pero, que quieres, la amaba tanto! ¡ Era tan grande el placer que mi alma sentia al respirar el ambiente que la rodeaba ! Me creia que despues de cuantos esfuerzos he hecho para olvidarla de la memoria podria sufrir impasible su presencia, asi, lo mismo que tú ; *Bernal se estremece sin notarlo su amigo*, mas, héme equivocado. Este sitio no puede labrar mi felicidad ni mi reposo, sus augurios son fatales como si una mano réproba contuviese todavia los trastornos que han de ir de ellos en pós. Lejos de aqui es donde he de dar espansion á mis ensueños y esperanzas, donde he de satisfacer las necesidades que aquejan mi corazon. ¿ No es cierto, Bernal, que será lo mejor obrar asi ?

Bernal. Encogiéndose de hombros, Que quieres que te diga.

Santerre. Pero, despues de lo que ha sucedido, tu si estuvieses en mi lugar jamas pondrias los pies en esta casa.

Bernal. ¿ Y porque ?

Santerre. Sorprendido ¿ Como porque ?

Bernal. Si, procuraria hacerme superior á mis naturales impulsos, á la impetuosidad de mi carácter ; y mucho seria que con el tiempo y un firme propósito no borrase de la mente esas ideas que tan angustiado ahora te traen. *Entran el general y Luisa.*

ESCENA IV.

SANTERRE, BERNAL, EL GENERAL Y LUISA.

General. V.V. nos disimularán la grave indiscrecion que hemos cometido dejándoles solos aquí por tanto tiem=

po. Los señores de Clinci pertenecen á la alta sociedad y no saben pasar sin los estilos de una rigurosa etiqueta siendo este el motivo de que los háyamos acompañado hasta la puerta de la última habitacion.

Bernal. Nosotros estamos montados sobre otras bases, general, sabemos acomodarnos á todo, asi uno vive con mas satisfaccion y á sus anchuras; mi amigo Santerre opina del mismo modo.

Santerre. Efectivamente, paréceme que nunca podré sufrir con gusto reuniones de esa especie, porque al considerar, con muy pocas escepciones, que en su seno tienen lugar incidentes agenos de la voluntad y deseos de los que los presencian, y que se articulan palabras que el corazon á veces no siente, mi caracter y mi vanidad bien pronto se verian asaltadas por el mas negro fastidio.

Luisa. ¡Que principio tan opuesto profesan los señores de Clinci!

General. Miren V.V. que particularidad tan notable, los esposos Clinci han nacido puede decirse de una misma estofa; son unos nobles de rancios y vetustos pergaminos que han pasado toda su vida bajo artesonados salones, confundidos entre aquella cierta porcion de su especie que no se atreve á levantar un punto mas alto la voz por no sembrar un feo borrón en la dilatada galería de sus ilustres progenitores.

Bernal. Mucho me admira por cierto que seres dotados con semejantes hábitos puedan vivir en medio de la ilustracion del siglo sin despojarse del pedantismo de sus preocupaciones.

General. Ahí verá V.; es la gente de gran tono; el brazo privilegiado del estado, es la peana sobre la cual apoya el monarca su planta. Dejando ahora todo eso á

un lado, me tomo la libertad de proponerles, si es que el tiempo no corre á V.V. prisa, si tienen el gusto de pasar á mi gabinete á examinar algunos objetos que contiene, quizás alguno de ellos moverá su curiosidad.

Bernal. Acepto, general, con el mayor placer el obsequio con que nos brindais.

Luisa. Ya que el señor de Santerre ha tenido algunas ocasiones de satisfacer sus deseos enterándose minuciosamente de cuanto de particular se nota en él, tal vez no acceda gustoso ahora al ofrecimiento que acaba de hacer mi esposo; asi pues, sin que sea mi intento abusar de su eccesiva bondad, desearia comunicarle algunas noticias que no dudo han de llamarle muy particularmente su atencion.

Santerre. Sorprendido. Señora, estoy á sus órdenes.

General. A Bernal. ¿Vamos, nosotros, pues?

Bernal. Saludando á Luisa. Con su permiso.

Luisa. Con la misma espresion. V. es muy dueño, caballero.

General. Yéndose por la puerta lateral de la derecha. No crea V. que sean artículos muy preciosos los que van á manifestarse á su vista, no señor; en los ratos de ocio y de buen humor he procurado proporcionarme cuantos objetos me han parecido, ya por su antiguedad como por la estrañeza de sus formas, merecer un lugar donde pudiesen llamar la atencion de los espectadores..... *se ha perdido la voz.*

ESCENA V.

SANTERRE, LUISA.

Santerre. Estoy aguardando con notable impaciencia, señora, las interesantes nuevas que tiene V. que comunicarme.

Luisa. Solo ha sido un pretesto para detenerle un momento á mi lado.

Santerre. Admirado, ¡Que quiere V. de mi!

Luisa. ¡Que mucho que no lo adivine cuando su proceder para con nosotros es de lo mas raro y estraordinario que se puede concebir!

Santerre. ¡Mi proceder, ha dicho!

Luisa. Con seriedad, Si señor, nunca hubiera creido de un sugeto como V. que los moradores de esta casa mereciesen tan poco á su consideracion y sus cuidados.

Santerre. Yendo hácia ella con rapidéz ¡Que lenguage es este!

Luisa. ¡Dejar la Francia tan brusca como repentinamente y despues ni escribir una vez siquiera en el largo transcurso de cuatro años! ¡V. que no pasaba un momento del dia en que no viniese á atronarme los oidos diciéndome que en ninguna parte del mundo encontraba la felicidad que tanto apetecia su corazon sino estando bien cerca de nosotros! ¿No se acuerda V. de todo esto?

Santerre. Es tan grande la estrañeza, tan profunda la admiracion que me causan sus palabras, que ya lo ve V..... no atino á contestar. ¡Parece imposible que sea la esposa del general la Force la que me eche en cara los actos de mi vida pasada! ¡Hace oir sus quejas

porque en el largo período de cuatro años no me he curado de escribir! ¿Esperaba, acaso, otra carta firmada de mi mano para que fuese por segunda vez el ludibrio y el escarnio de mis semejantes? Peregrina fué la idea por cierto hacer gala de ser idólatra de su marido una muger que llegó hasta el estremo de confesarme que no era con él dichosa! Quizás tampoco querrá V. recordarlo.

Luisa. No juzgue mi conducta con tanta acritud.

Santerre. ¡Y que, no se ha burlado completamente de mi sencillez y mi necia credulidad! ¡No he sido por largo tiempo el juguete de sus devaneos, de sus caprichos! ¡Que mas quiere hacer de una persona! Digamelo V. y nos entenderemos al fin. Una muger cuando es amada de un hombre, ó corresponde dignamente á su pasion, ó se aparta de sus lazos para no caer envuelta en ellos. ¿Lo hizo V. asi? No señora; atizar el fuego voráz que ardia en mi pecho para contemplar ufana su cruento y prolongado martirio.

Luisa ¡Porque me trata con tanto rigor! ¡Si V. supiese lo que he padecido, el llanto que se ha desprendido de mis ojos, quizás me echaria una mirada de compasion!

Santerre. Acabemos, Luisa, porque esta conversacion me trae á la memoria sucesos bien tristes por cierto y que no quisiera recordar jamás. No hace mucho estaba diciendo á mi amigo Bernal que para vivir tranquilo y feliz en este mundo, debia levantar una valla bien árida, insuperable, entre V. y yo, donde nunca pudiese pasarme por la imaginacion acercarme á ella.

Luisa. ¿Quiere V. marcharse otra vez?

Santerre. Si señora.

Luisa. ¡Con tanta prontitud!

Santerre. Que mas tiene.

Luisa. ¿Y su amigo le acompañará?

Santerre. Es de creer que sí. A propósito de Bernal, ¿que juicio ha formado V. de él?

Luisa. Manifestando indiferencia, Lo que es por ahora ninguno; apenas he tenido tiempo para observar su semblante.

Santerre. Tiene un mérito sobresaliente, oh! si, no se le puede negar. En Bruselas una jóven muy linda y de las mas distinguidas familias de la ciudad se enamoró perdidamente de él.

Luisa. ¿Se casaron?

Santerre. No; dejó escapar de las manos una proporcion que no es fácil se le vuelva á presentar. Rehacio estaba por demás en aquellos momentos pues ni los sútiles medios de que se valieron los padres de la niña para ganar su voluntad, ni mis continuas instancias pudieron conseguir arrancarle su asentimiento.

Luisa. Será que su amigo habrá contraido obligaciones con otra.

Santerre. Nunca me ha hablado de eso. Bien es verdad que en los tres años que hemos viajado juntos recibia cartas de una muger, pero sucedia con tan poca frecuencia.....

General. Desde dentro, Luisa, Luisa.

Luisa. El general me llama; Santerre, le suplico encarecidamente que suspenda el viage, tengo mucho interés en ello, accederá V. ¿no es verdad? *Santerre se encoge de hombros*, muy bien, hasta otra ocasion.

ESCENA VI.

SANTERRE.

Santerre. Profundamente conmovido. ¡Que es lo que por mí está pasando! ¡Quien soy yo que á duras penas me

conozco! ¡Esa muger ha de causar indudablemente el estravío de mi razon y mis potencias todas! ¿Porque despues de la negra ingratitud con que ha pagado mis constantes desvelos, manifiesta tanto interés, tan solícito afan en que suspenda mi marcha? ¿Ese grande anhelo en hablarme, que se propone decir? ¿Que tiene que ver su suerte con la mia?... Quizás arrepentida de su indigno proceder y no pudiendo suportar sin amargo lloro, sin sufrir crueles pesares mi ausencia, piensa ahora..... *Se pone la mano en la frente*, ¡Ay! ¡Como arde esta frente! ¡La inmensa distancia que por tanto tiempo nos ha separado no ha podido borrar el dulce sentimiento que en plácidos dias halagó mi existir! En vano apurar pretendo todos los recursos de una imaginacion sútil para manifestarme insensible, inerte, delante de esa beldad encantadora, *pone la mano en el corazon*, cuando el corazon está lleno de amor y de vida, cuando late con violencia igual al abandonar este delicioso recinto. No ha cambiado, no; siempre idólatra de esa muger celestial. Sus dulces hechizos han encadenado otra vez mi voluntad unciéndola esclava en el mágico poder de sus encantos. He vuelto á verla festiva, púdica, provocadora, dirigiéndome miradas de fuego que han encendido en mi alma efervescente una hoguera inestinguible. ¡Luisa! ¡Luisa! tú no podrás creér jamás hasta que punto mi corazon te idolatra. Por tí diera gozoso la vida hasta su resuello postrero, mi sangre hasta depurar su última gota, y mi alma y mi todo hasta su último pensamiento! *Como que le ocurre una idea*, Pero, y mi palabra solemnemente empeñada; y el general; su venerable persona encorvada por el peso de los años; la gloria, el renombre, que sus afanes y desmesurada

audacia supieron arrancar de la mano del destino cuando mis débiles pupilas no vieron en el mundo mas que un caos y una obscuridad profunda; su cuerpo acribillado de hediondas heridas recibidas tal vez en el momento mismo en que una madre cariñosa me mecia en su regazo; la desesperacion y el desconsuelo de sus fatigados dias,... ¡Todo, todo lo olvidaré por este funesto amor!!!! *Respira con dificultad,* ¡Las fuerzas me abandonan al impulso de tan fieros golpes! *Aturdido por la violenta conmocion que esperimenta,* ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Que será de este infeliz sin los ausilios de vuestra gracia!!!! *Dá algunos pasos atrás volviendo maquinalmente la cabeza hácia la puerta por donde desapareció Luisa; de improviso retrocede como alelado no apartando sus miradas de la puerta* ¡Que han descubierto mis ojos! ¡Que trama infernal es esta! No..... no me he engañado.... Bernal.... Luisa.... tenian enlazadas las manos... sus cabezas se han tocado..... mis ideas se desvanecen..... *permanece inmóvil y parece escuchar,* oigo pasos..... se dirigen hácia aquí; *no sabe que resolver*, donde, donde me ocultaré..... ¡ah! ahí, *ocúltase detrás del tabique.*

ESCENA VIII.

LUISA, BERNAL.

Luisa. Sale con precaucion, se satisface de que la escena está desierta y dirigiéndose á Bernal, Acércate, ya se ha marchado.

Bernal. Entrando ¿Creés que estará mucho tiempo fuera de casa el general?

Luisa. No sé, han venido á buscarle con tanta precipi-

tacion que ni tiempo le han dado para preguntar á lo que era llamado. Yo presumo que como el recado ha venido de parte del señor de Laforét, se tratará de asuntos políticos, de algun suceso importante que habrá tenido lugar en la corte. Mi marido, como ya sabes, es un acérrimo contrario del cardenal-ministro, asi es que no piensa en otra cosa que en echar por tierra su potestad; todo su constante afán lo cifra en desvirtuar la marcha de su gobierno. ¡Mucho me temo que algun dia le suceda una desgracia cuyas consecuencias tengamos todos que deplorar!

Bernal. Es muy posible se realize tu sobresalto atendido el caracter desconfiado y vengativo de Richelieu, y aun mas no ignorando la comunion política á que el general pertenece. Cuando veniste á encontrarnos, ¿Santerre estaba todavia aquí?

Luisa. Sí, como que pensaba que me aguardara. *Con sentimiento* ¿Sabes que intenta viajar otra vez?

Bernal. Asi me lo ha participado; segun parece su funesta pasion ha tomado mas creces desde el instante mismo que ha vuelto á ver tu presencia. ¡Desgraciado! ¡A donde le arrastra su ciego frenesí! ¡Que no pueda comprender que cada vez que deposita en mi pecho su confianza abre en él una profunda herida á cuyo acerbo dolor se dobla exánime mi existencia! Luisa, hará unos cuatro años que prometimos apartarnos del sendero del vicio y del negro crímen, nuestra fe ha sido torpemente quebrantada como si los esfuerzos que hemos hecho para oponer un óbice á nuestros mutuos intentos de nada hubiesen servido mas que para aparecer en toda la deformidad su impureza y su escándalo.

Luisa. Es verdad, siempre fluctuando entre la virtud y

el vicio, siempre con pasos inciertos me dirijo al borde del precipicio é insensata no paro hasta hundirme en su mas espantosa profundidad. ¡Porque, Dios mio, al lanzarme en este mundo no difundisteis con vuestra infinita bondad los sublimes y admirables destellos de una voluntad firme y constante en mi alma! Entonces miraria con desprecio las tentaciones que por do quier me asaltan, entonces cual débil sombra se desvanecieran las ilusiones que ocupan mi pensamiento tan livianas como el placer. ¡Ay! yo sola soy la culpable, porque con mis ruegos, con las cartas que te he dirigido durante esos cuatro años de ausencia he variado tu resolucion destruyendo con tanta facilidad las halagüeñas esperanzas que habias podido concebir.

Bernal. Sin embargo, Luisa, de nuestro reprensible proceder, de las graves faltas que hemos cometido, todavia es tiempo de aparecer en la sociedad dignos de su seno. Hasta ahora no ha recaido la mas leve sospecha sobre nosotros..... *El tabique hace un ligero movimiento.*

Luisa. Sobresaltada ¡Ah!

Bernal. ¿Que tienes?

Luisa. Señalando el tabique ¿No has oido ruido por aquella parte?

Bernal. Mirando con atencion No, no es nada. Decia que un denso velo cubre aun nuestros estravíos; una circunstancia cualquiera podria descorrerlo, y juzga tu misma del notable escándalo á que diéramos lugar. Escucha mis consejos, Luisa, no nos hagamos sordos á la voz de la razon y del deber que la conciencia sin cesar está gritando; su acento es profético, y la sentencia que fulmina contra los insensatos que ébrios en el lupanar del vicio la escarnecen con espantosos ru-

gidos, envuelve hórridos tormentos seguidos de una muerte letal y angustiosa.

Luisa. ¿Quieres marcharte tambien?

Bernal. Si, acompañaré á mi amigo Santerre hasta la otra estremidad del mundo si tan lejos quiere ir.

Luisa. Pero, el piensa dejar la Francia muy pronto.

Bernal. Bien, y que?

Luisa. Tanta precipitacion me aflige demasiado, eso es lo que no puedo consentir; ya he manifestado á Santere mis intentos y espero por consiguiente que su partida se detendrá por algunos dias.

Bernal. Creés que con un caracter tan resuelto como el suyo se allane facilmente á tu voluntad.

Luisa. Si, amigo mio, no me cabe duda; una sencilla indicacion de mi parte es para él la mas severa órden.

Bernal. Sea como gustes, pero en verdad te digo que no escojemos el mejor camino, que no es lo mas acertado adaptar tu pensamiento. Se va haciendo tarde y por nada en este mundo quisiera que el general me encontrase todavia en esta casa, ignoro cuantas horas hace que estamos juntos; á Dios, Luisa, cuando pueda verte ya me lo avisarás.

Luisa. Si, embiaré á la vieja Marta. ¿Vas á encontrar ahora á Santerre?

Bernal. Si, como que debe estar en casa esperándome; por el camino procuraré inventar cualquiera cosa para contestar á sus preguntas, es muy posible deseé saber en donde he estado metido tanto tiempo; pronto habré satisfecho su curiosidad, con que, á Dios, Luisa.

Luisa. A Dios. *Santerre ha salido del lugar donde estaba oculto siguiendo con la vista á Luisa y Bernal como desaparecen de la escena.*

ESCENA VIII.

SANTERRE.

Santerre. Se presenta pálido, con las facciones descompuestas, en su corazon se agitan fuertes y encontrados sentimientos; al cabo de un momento de silencio deja escapar un hondo gemido. ¡Ay! ¡A que terrible prueba he sido condenado á pasar! ¡Que han oido mis sentidos, Dios eterno! ¡De que han sido fieles testigos cuantos obgetos en este recinto me rodean! Yo no sé..... yo me ahogo..... ah..... ah..... ¡Todo parece desplomarse encima de mi pobre y contristada cabeza, hasta el cielo mismo como si se complaciese en quitarme el aliento! ¡Ay de mí! ¡Naturaleza bienhechora, envíame un saludable destello de tu ambiente vivificador que me ayude á respirar! *Se pasa las manos por los ojos*, Mis ojos se cubren de un espeso velo y las tinieblas de una noche eterna y sombría quieren apagar su oscilante luz. ¿Donde, mísero me encuentro? ¿Que obscuridad me rodea? ¿Que lúgubre silencio mora en esta estancia? ¿Veríame acaso conducido por un rápido torbellino caminando por la inmensidad del espacio? ¡Dios mio! ¡No me dejeis asi, iluminadme por compasion! No os aflige mi acerbo dolor y mi tristura!..... *Se pasea á largos pasos pintándose en su semblante la mas negra desesperacion*, Amigo desleal, muger envilecida, seres inmundos que os arrastrais en el cenagoso pantano del vicio, ensalzad vuestro triunfo, vosotros me hareis criminal, vosotros habeis abierto el profundo báratro en que insensato voy á precipitarme. Hasta ahora mi vida habíase deslizado pura,

estaba llena de inocencia y gracias á vuestra perversidad bien pronto la habré perdido ya. Tanto mejor asi contará dos épocas diversas. Ingratos silvidos de hórrida tormenta, bramidos del impetuoso huracan, aniquilamiento y destruccion, acudid presurosos á mi voz, yo os invoco, venid, escuchad mis acentos, recibidme en el seno de vuestros trastornos, acogedme bajo los pliegues de vuestro manto fatídico y mas libre respiraré!!!! Sed mi guia y mi norte en la senda del crímen donde con planta audáz voy á lanzarme!!!! *Hace esfuerzos para reponerse de su agitacion*, Y bien, ¿como sacio el furor que devora mis entrañas? ¿Como he de apagar la sed de venganza que ardorosa me abrasa? ¿Pondré en conocimiento del general el proceder impúdico de su esposa? No, quizás se reiria de mi oficiosidad exacerbando su increéncia mi frenesí. ¿Lavaré mis manos con la sangre de los adúlteros? *Con amarga sonrisa*, Si, si, esta idea halaga todavia mi pensamiento y fortalece el corazon. ¡Como he de cebarme en su letal agonía! ¡Que inesplicable placer al apercibir sus resuellos postreros! ¡Oh, que dicha tan grande se me espera en ese dia! *Aparece San-Juan en el umbral de la puerta del fondo*, Pero, que es lo que veo! ¡El criado de Bernal! si fuese posible que pudiese proporcionarme las cartas que guarda su amo..... *Bruscamente* ¿Que haces ahí, San-Juan?

ESCENA IX.

SANTERRE, SAN-JUAN.

San-Juan. Entrando, En casa hay un caballero que ha preguntado por el amo, como oí á V.V. que se dirigian aquí, he venido á buscarle.

Santerre. Se ha marchado ya. *San-Juan se vuelve*, Escucha, San-Juan.

San-Juan. Deteniéndose, ¿Que manda V.?

Santerre. ¿Quieres ganar veinte mil francos?

San-Juan. Asombrado, ¡Veinte mil francos!

Santerre. Si, veinte mil francos.

San-Juan. Yo, si quiero ganarlos!... pues no lo he de querer? Pero, como.

Santerre. Si no me engaño, tu harias por la mitad de esa suma una accion mucho mas peor y reprobada que la que te voy á proponer.

San-Juan. Sonriéndose En verdad, señor de Santerre, que no es V. muy lisongero.

Santerre. No, porque sé quien eres.

San-Juan. Con resolucion, Hable V., pues.

Santerre. Durante nuestro viage, ¿recibia tu amo cartas de una muger?

San-Juan. Si señor.

Santerre. ¿Sabes su nombre?

San-Juan. No señor.

Santerre. ¿Puedes decirme si la letra era siempre de una misma mano?

San-Juan. Siempre de una misma mano.

Santerre. ¿En donde guarda tu ama esas cartas?

San-Juan. En su escritorio.

Santerre. Bien; oye San-Juan, yo las necesito; aqui tienes cinco mil francos adelantados, *le alarga un bolsillo*, los otros quince mil te los daré tan pronto como me las entregues. *San-Juan vacila*, Pronto, ¿quieres ó no quieres?

San-Juan. Toma el bolsillo, En donde me espera V.?

Santerre. En mi casa.

ESCENA X.

SANTERRE.

Santerre. Vámonos de aquí, salgamos de esta morada precita donde el mas nefando crímen tiene fijo su asiento. Por fin, la hora de la reparacion y del desagravio ha sonado ya, su fatal plañido habrá hecho estremecer á los infames que todavia sustenta la tierra. ¡No oís el eco retumbante y atronador de la fiera tormenta como se acelera para descargar sus rigores! ¡No os causa un mortal espavento el sordo rumor que acompaña á los aludes en su rápida carrera de asolamiento y destruccion! Pues mi venganza será tan cruel como esos meteoros devastadores que se desgajan del firmamento. ¡Ay de los miserables que con tanta perfidia como iniquidad han jugado con mi suerte y mi destino! A la nada los lanzaré para que no quede de su execrable memoria, rastro ni vestigio alguno. Ea, todo está dispuesto ya; voy á trocar una parte de mi tesoro por esas cartas que con ansia aspiro, vosotras seréis el fiel instrumento de mis destemplados enojos, el rayo que ha de esterminar á las escogidas víctimas de mi furor.

ACTO TERCERO.

Retrete elegante en casa de Santerre con puerta en el fondo. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

JOSE *está en pié junto á una mesa examinando con detencion un par de pistolas.*

José. Corriente, ya tengo listos y preparados estos dos instrumentos que por quien soy que nada bueno me auguran. *Se encoge de hombros y deja las pistolas encima de la mesa*, La carta que me ha dado el amo para entregar á su amigo, el señor de Bernal, está ya á su destino; ahora, que mas hay que hacer? raciocinemos..... Pues, señor, todo está concluido; bravo, asi me gusta, trabajar de mañana, la imaginacion está mas despejada y se apresta con afán á dar cima á todo lo que se pretende. Cuydado que he invertido tres

horas para contar quince mil francos que se ha llevado San-Juan con ayre al parecer muy satisfecho; yo lo creo, como los ha encontrado tan bien dispuestos y arreglados, quizás su amo le habia dicho que pasaria largo rato aqui ocupado en ello. ¡Que diablo de enredo será ese! ¿Para que servirá tanto dinero? ¡El señor de Santerre no ha pegado los ojos en toda la noche, hasta me ha parecido oir sollozos! *Despues de reflexionar*, Ya está entendido, no puede ser otra cosa; ello es que es una empresa muy arriesgada; pero y si se frustra, como que me dá miedo pensar así. Por otra parte, el amo es muy circunspecto, es muy raro que dé un paso en falso y si se ha propuesto coóperar con todos sus esfuerzos en el cambio de gobierno que hoy dia dirige las riendas del estado, tendrá sus motivos para creér en la probabilidad del triunfo. Si me faltan letras tengo buena nariz, y mucho mas que todo soy un honrado francés con todos los pelos y señales, valga lo uno por los otros dos. ¿No es verdad ustedes? Ahora conocerá San-Juan si iba yo descaminado cuando le decia, durante nuestro largo viage, que el gobierno del cardenal-ministro habia de fracasár ante el irresistible poder de los pueblos. No que no, mirarán indolentes, desapercibidos, el triste cuadro que presenta la nacion supeditada por la potestad irascible de un.... vale mas no decirlo porque á veces las paredes encandilan tambien sus oidos. ¡Que tiempos aquellos cuando yo era dragon del regimiento número 15! ¡Que victorias alcanzamos! ¡Oh! es que teníamos un general de lo mejor que se haya conocido, hombre osado y emprendedor, y muy bien quisto de sus soldados. Cuando tenia el enemigo á la vista recorria las filas de su egército con una veloci-

dad tan asombrosa y dando tales rugidos que parecia un leon en torno de un aprisco. Traslado á los croatos y á los tercios que acaudillaba el duque de Lorena, la memoria de los tres años que tuvo la humorada de entretenerse con ellos nuestro general, el marques de la Force. Entonces, ya podian venir los enemigos del reposo público de la Francia, fuesen cuantos quisiesen, en campo libre ó detrás de bastiones y murallas, no era difícil preveér la infaústa suerte que les aguardaba. Pero, ahora, las calamidades y miserias que esperimentamos es efecto del cambio político que ha tenido lugar en la nacion. Pues.... si señor.... quien lo duda; y sino veamos lo que ha hecho Richelieu. Comencemos por el principio; todo cuanto de bueno ha intentado le ha salido al revés, no hay mas que atender á los resultados. Vamos siguiendo: no pudiendo consentir en que la escena política apareciesen hombres dotados de un valor proverbial y de conocimientos nada comunes, eclipsando la fama de sus nombres el brillo y esplendor de que en vano pretende rodearse, ha dado las mas sultánicas disposiciones á cuyo recuerdo el corazon se llena de un pánico terror. ¡Infame! ¡Fusilar sin mas ni mas á una porcion de generales que tantos servicios habian prestado á esta nacion que vilipendias y ultrajas con tus inmundas plantas! ¡Cebarse en hacer perecer en tétricos calabozos á ilustres y honorables patricios que en todos conceptos valian mas que tú! ¡Y para coronar tu obra de estorsion y de venganza has sumido á la nada á cuantos tuvieron la hidalguía de colmarte de favores! No me estraña por cierto la aversion con que todo el mundo te mira. Yo quisiere poderme colocar en una esfera mas elevada para ayudar á mi amo, al señor de

Bernal, al marques de la Force y á tantos otros que trabajan denodados para derribar el coloso. ¡Cuanto daria por iniciarme en sus secretos! Hola, el señor de Bernal, ¡que diantres! viene muy cabizbajo.

ESCENA II.

JOSE, BERNAL.

Bernal. Sale muy abatido y con el semblante descompuesto, no se apercibe de José hasta despues de un breve rato. José, á que hora ha venido San-Juan á esta casa?

José. Las nueve serian poco mas ó menos; al parecer traia mucha prisa pues no se ha detenido conmigo un instante, al contrario de otras veces. ¿Está V. muy demudado, señor de Bernal?

Bernal. No es nada, una ligera indisposicion.

José. El amo tampoco se encuentra á sus anchuras, no señor, bien que á mi no se me esconde el motivo.

Bernal. Sorprendido ¡Como! Te habrá dicho.....

José. Lo que es decirme, nada; y sin embargo de todo no desconozco sus intentos. ¡De que me valiera haber servido ocho años en un cuerpo de dragones! ¿Piensa V., pues, que no me he ocupado en echar mis cuentas en esas idas y venidas de la casa de V., aquí; de esta, á la del general la Force, etc., etc.? ¿Se creé que no me han llamado seriamente la atencion sus misteriosas conversaciones? ¡Ah! quiera Dios que nuestra trabajada patria no tenga que deplorar nuevas víctimas!

Bernal. Impaciente y con muestras de mal humor, Lo que has aprendido en tu cuerpo de dragones ha sido meter siempre baza en negocios que no te incumben.

Pasa recado á tu amo y dile que le estoy aguardando.

José. Aturdido Perdone V., señor de Bernal, en verdad que nunca le habia oido producirse en tono tan desabrido é indignado; como que no sé lo que me sucede. El amo estrañará muchísimo que su mas íntimo amigo se haga anunciar.

Bernal. Enfurecido, Por vida del demonio, quieres hacer lo que te dicen.

José. Yéndose, vuelve con frecuencia la cabeza refunfuñando, Voy, voy, si señor, no se incomode V., y que malos humos tiene, es atroz; si hubiese servido en un cuerpo de dragones..... *Bernal estiende la mano señalándole la puerta que se supone conduce al dormitorio de su amo*, si señor.

ESCENA III.

BERNAL, SANTERRE.

Bernal. Se pasea abismado en un profundo silencio, clava maquinalmente los ojos encima de la mesa donde están las pistolas á cuya vista se estremece, en este momento entra Santerre. Caballero, *aderezándose y aparentando serenidad*, ¿sabe V. á lo que he venido?

Santerre. Distraido, Me lo presumo.

Bernal. V. ha sobornado con el oro á un criado mio al efecto de apoderarse de unas cartas.

Santerre. Si señor.

Bernal. ¿Me las devolverá V.?

Santerre. No señor.

Bernal. ¿Con que objeto se las ha apropiado? ¿Que uso quiere V. hacer de ellas?

Santerre. Eso es cosa mia, no manifieste tanta solicitud para saberlo.

Bernal. ¿ Con que reusa V. ?...

Santerre. Completisimamente.

Bernal. Montando en cólera, No me obligue, vive Dios, á que le apostrofe con el feo dictado que se merece.

Santerre. Ayer fuí un espía, ¿ no es esto? y hoy debo de ser un petardista, un ladron, ¿ no es así? ya ve V. con que desembarazo yo mismo me lo digo.

Bernal. ¿ Pero, y si yo lo repitiese?

Santerre. Tiene demasiado buen gustò para hacerlo.

Bernal. ¿ Quiere decir, que me dará una pronta y cumplida satisfaccion sin necesidad de recordarle su proceder villano?

Santerre. Si señor.

Bernal. ¿ Cuando será eso?

Santerre. Cuando V. guste.

Bernal. Ahora mismo, pues.

Santerre. Muy bien.

Bernal. Paréceme del caso prevenir á V. que nos batiremos implacablemente, el desafio será á muerte.

Santerre. Con tranquilidad, Esto mismo iba á proponer á V. Me complazco en estremo que nuestras opiniones anden conjuntas en un negocio tan delicado. Ahora, espero me permitirá hacer mis disposiciones testamentarias que no serán muy largas.

Bernal. Eso es tener miedo, señor mio.

Santerre. Yo no lo creo así; en fin, tanto si es de su gusto como sino, quiero ante todo manifestar mi voluntad á un anciano criado, hombre de acrisolada confianza y de una lealtad nunca empañada, que en el caso de que V. me mate entregue un pliego de cartas al general la Force.

Bernal. ¡ Esas cartas son las de Luisa!

Santerre. Si señor.

Bernal. Cubriéndose su rostro de una mortal palidéz, ¡ No considera V. la negra infamia que va á poner en ejecucion !

Santerre. ¿ Y lo que ha hecho V., y lo que ha hecho su cómplice ? ¿ Quien de los tres abriga en su alma sentimientos menos depravados ? Responda V.

Bernal. Pero, si la suerte le favorece en ese funesto trance, ¿ volverá V. esas malhadadas cartas á Luisa ?

Santerre. Eso dependerá de ella.

Bernal. ¿ Que ha de hacer para recobrarlas ?

Santerre. Venirlas á buscar.

Bernal. ¿ En esta casa ?

Santerre. Precisamente.

Bernal. ¿ Quien deberá acompañarla ?

Santerre. Nadie.

Bernal. ¡ Nadie !

Santerre. Parece que es bien claro mi lenguage.

Bernal. ¡ Sola y aqui con V. !

Santerre. Pues.

Bernal. ¡ Oh ! nunca.

Santerre. No responda V. con tanta facilidad por ella.

Bernal. No consentirá.

Santerre. Puede que sí. Vaya V. á su encuentro y consúltenlo juntos, en la inteligencia de que quiero una pronta determinacion ; mañana todo ulterior arreglo seria desechado. *Bernal despues de haber reflexionado un corto momento se lanza fuera de la escena como desesperado.*

ESCENA IV.

SANTERRE *agita una campanilla*, *aparece* JOSE.

José. Señor.

Santerre. Profundamente conmovido, Acércate, mi fiel

José, y escucha con atencion lo que voy á decirte. Quizás dentro de una hora tendré que batirme con ese hombre que acaba de salir de aquí, con Bernal, y es posible que me mate. *José hace un movimiento de sorpresa*, *Santerre abre una cómoda*, Luego que yo haya dejado de existir, recogerás todas estas cartas, acércate un poco mas, ¿las ves? estarán en este rincon, y las entregarás al general marques de la Force; cuydado, á nadie mas que él. ¿Oyes?

José. Si señor.

Santerre. En este cajoncito hay una suma de diez mil francos que está destinada para recompensar tus buenos y dilatados servicios. Recíbelos en prueba del entrañable cariño que constantemente te he profesado.

José. Ahogada la voz por los sollozos ¡Amo mio! ¡Mi querido amo! ¡Que será de este anciano faltándole vos!

Santerre. No te aflijas José, no llores no, porque tu desconsuelo y tu quebranto aumentáran si cabe el dolor que mi alma padece. ¡Ay! ¡Sollozos, lágrimas, ya no las tengo, ni en los ojos, ni en el corazon! Estos manantiales suculentos que nutren y vivifican la mísera existencia, se han secado para mí!... nada me resta en mi suerte adversa, ni aun el triste consuelo de llorar!

José. ¡Tan grande es vuestra desgracia, señor!

Santerre. Si, amigo José, es terrible, espantosa. Nunca tu imaginacion pudiera concebir para lo que he sido bueno en este mundo, con que objeto me han mirado aquellos seres á quienes yo dispensaba toda mi confianza. ¡Infames! ¡Cuantas veces ébrios del placer y de dicha tanta han debido burlarse de mi necia credulidad y sencilléz!

José. ¿ Pero , no encontraríamos un consuelo siquiera que mitigase vuestro mal ? Tal vez , querido amo , si abandonásemos para siempre este suelo que tan funesto os ha sido , cubriendo con el velo del desprecio la faz adusta de los que se ceban en vuestros pesares , volveriais á gozar de aquellos plácidos dias que os hacian aparecer feliz y dichoso en medio de cuantas creaciones embellecen la tierra.

Santerre. No , mi suerte está hechada ya , es imposible retroceder , asi lo quiere el destino en su inexorable fallo. Parece que el espíritu de las tinieblas me ha sugerido el pensamiento que ocupa en este momento mi existencia por cuanto solo respira la mas cruda venganza y crueldad. José , necesito estar solo , déjame un corto instante ; si alguien viene , acompáñelo hasta aquí.

José. Sereis obedecido , señor.

ESCENA V.

SANTERRE.

Santerre. ¡ Pobre José , modelo de fidelidad y de constancia , cuantos dolores vas á pasar por mi suerte malhadada ! ¡ Que de angustias voy á sembrar en tu existencia ya atareceada por los años y las vicisitudes que van de ellos en pós ! ¡ En que estrella tan sombría nací que por do quier que mi vista se fije solo alcanzo lágrimas , lagrimas y desconsolacion ! ¡ Ah ! livianas ilusiones pudieron fascinar un dia mi existencia hasta mecerme ufano en la fruicion de una dicha imperdurable , cuando las ví que se desvanecian una tras otra cual bellas flores que el tiempo agosta y á cuyo lado

pasa el hombre sin levantar su corola! Asi han ido deslizándose los años de mi edad florida. ¡Manes ilustres y venerandos de mis adorados padres que tranquilos reposais en el silencio de una noche eterna, con que profundo sentimiento veriais al hijo de vuestras entrañas víctima triste de la fatalidad y de los rigores de su adversa suerte! ¡No levanteis esas preciosas cabezas, no hagais ningun esfuerzo para echarme bondadosos una de aquellas miradas que en otro tiempo me colmaban de grato placer; no me conoceriais, porque yo mismo me conozco tampoco! Tan hórrido y espantoso es el sello que imprime en la faz la mano cruel de la fatalidad!!!!! *Entran Luisa cubierta con un velo, y José; este desaparece á una seña que le hace su amo. Luisa se descubre en el momento en que Santerre está cerrando la puerta del fondo.*

ESCENA VI.

SANTERRE, LUISA.

Santerre. Con sequedad, Señora, puede V. sentarse.

Luisa. Se sienta, El caballero Bernal.....

Santerre. No sienta bien este título en boca de V., adelante.

Luisa. Bernal acaba de participarme que estaban en poder de V. unas cartas mias y que habia manifestado deseos de que yo en persona viniese á buscarlas, ya ve V. como he procurado satisfacerle.

Santerre. Cometiera V. una imprudencia muy notable en proceder de otro modo.

Luisa. No he vacilado un momento en tomar esta determinacion confiada como estoy en la delicadeza y honrado comportamiento de V.

Santerre. Pues, señora, se ha equivocado completamente.

Luisa. ¡Que! ¿No ha prometido devolverme esas cartas?

Santerre. Prometido..... si..... es verdad.

Luisa. Entonces, démelas V.

Santerre. No con tanta facilidad y sin que por su parte deje de haber una condicion que nadie mas que V. puede hacer que se cumpla.

Luisa. Esplíquese V.

Santerre. ¡Es posible que no la adivine!

Luisa. Sobresaltada teme comprender sus intentos, No señor.

Santerre. Las cartas están dentro de aquella cómoda, si quiere que sean suyas ha de tomar la molestia de venir á buscarlas. *Dá algunos pasos hácia su dormitorio.*

Luisa. No acabo de comprender.....

Santerre. Desde el dintel de la puerta, ¿Viene V.?

Luisa. Se ha levantado manifestando estar sumamente angustiosa, No.

Santerre. Se ha vuelto, ¿No?

Luisa. Con resolucion, Jamas.

Santerre. ¿Sabe V. lo que hace?

Luisa. Prefiero morir mil veces antes que..... ¡Oh, Dios mio!

Santerre. Con frenesí, ¿Para que ha venido V. pues? ¿Pensaba, acaso, que sin mas ni mas le devolveria esas cartas que son el único consuelo en medio de los fieros dolores que tanto me atormentan? Cuando V. se ha decidido llegar sola hasta aquí, debia haber abjurado todo escrúpulo, toda religion, y acercarse á mí para decirme..... soy tuya; ó de lo contrario debia quedarse en su casa y aparecer con el térreo colorido tan impúdica y faláz como es. ¿A que viene todo eso?

¿ No está su alma avezada en el crímen ? La carcoma del vicio no la ha atarezeado ya ? ¿ A que , pues , manifestarse esquiva para consumar un acto , reprobado si el mundo lo quiere así , pero que con tanta profusion están sembrados en la vida de V. ? Mire V. , señora , ambos hemos jugado una partida bien estraña por cierto ; la muger con trampas y superchería , el hombre con firmeza y lealtad ; ímprobo y pesado trabajo ha costado al hombre ganarla , ahora toca á la muger el saberla perder.

Luisa. Sollozando , ¡ Señor de Santerre !!!!

Santerre. ¡ Oh ! su desesperacion y sus lágrimas de nada podrán servir ; estaba V. predestinada para secar mi corazon , contemple por un momento la obra digna de sus manos , observe atenta mi lívido semblante , y diga si lo ha plenamente conseguido.

Luisa. ¿ Pero , y si yo prometiese por medio de un solemne juramento prestado al pie del altar no ver ya mas á Bernal ?

Santerre. ¿ Por ventura no estaba obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel á su marido ?

Luisa. ¡ Como ! ¡ Será posible tanta obstinacion ? con que ni oro , ni sangre se quiere para conseguir esas cartas, sino.....

Santerre. Nada !..... lo dicho.

Luisa. ¡ Oh ! ¡ Que horror me causan sus palabras ! ¡Que proceder tan abominable observa V. en estos angustiosos momentos !

Santerre. ¡ Quien diria que es la esposa del general la Force la que acaba de hablar aquí ! Acrimina mi proceder , lo califica de abominable , ¿ y el de V. que dictado merecerá ? Levante esa cabeza por un instante, ¿ quiere que se lo diga ? ¿ Tendrá bastante valor para

escuchar mis acentos? Cerca de cuatro años habia estado yo para apagar mi amor, mi ardiente frenesí y á duras penas lo habia logrado. Risueño con la felicidad que en lontananza entreveia, volví á entrar en Francia con el mas profundo respeto y veneracion hácia V., ya la memoria de mis pasados quebrantos se habia desvanecido de la imaginacion deseando anheloso abrigar distinto amor cuando la encontré á V. de nuevo; entonces, por cierto que no fuí yo quien buscó á Luisa, fué Luisa la que solícita y presurosa me buscó á mi. Desde ese fatal momento desplegó con admirable maestría los vastos recursos de sus artificios, cubierta con un túpido velo empezó á urdir sus infernales proyectos empezando por remover insensata la ceniza de mi corazon, y no concluyendo sino despues de haber encendido con su soplo metífico las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo ardiendo otra vez, cuando lo vió V. brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en mi cuerpo todo, ¿para que fuí bueno? ¿Para que serví? *Desesperado*, Para llevar á los brazos de V. el hombre á quien amaba y para ocultar con mi capa sus besos adúlteros. Hice todo esto porque mi corazon no abriga protervos sentimientos, porque estaba ciego, y no lo estaba V. menos asi como su amante impúdico pues ignoraban que no tenia yo mas que levantar la capa, entre cuyos pliegues se ocultáran, para que el mundo entero les viese, y se satisfaciese de sus grandes iniquidades. He aquí la reputacion de Luisa sostenida por una virtud uraña que ha ocultado por tan largo tiempo sus eccesos y su lascivia. Señora, pronto; venga á poner término á mis crueles martirios; á V. misma le toca decidir lo que debo hacer ahora.

Luisa. ¿Pero y si yo no le amo á V..... que puede pretender?

Santerre. No es amor lo que yo pido.

Luisa. Entonces, seria una violencia.

Santerre. Lo que á V. le parezca.

Luisa. ¡Oh! no es posible que sea V. un monstruo tan cruel é inhumano como aparenta; el señor de Santerre tendrá conmiseracion de una muger que sus estravíos la han vuelto la mas desventurada, y que ahora tiene arrodillada á sus plantas. *Se arodilla.*

Santerre. ¿Se apiadó V. de mi cuando yo estaba á las suyas?

Luisa. Pero yo soy una débil muger..... y V. un hombre.

Santerre. ¿Y sufria yo menos por eso?

Luisa. Devuélvame esas cartas, Santerre, se lo suplico por Dios.

Santerre. Ya no creo en él.

Luisa. Por el amor que V. me tiene.

Santerre. Está apagado ya.

Luisa. Por lo que mas quiere en este mundo.

Santerre. Ya no quiero nada.

Luisa. *Se levanta furiosa*, Pues bien, hombre de maldicion, corazon de hiena, haga lo que guste de esos papeles, porque nunca, jamas, accederé á sus brutales deseos.

Santerre. *Despues de haber abierto la puerta del fondo se dirige á su dormitorio; y al pisar el umbral se vuelve*, Luisa, tiene V. de término hasta las nueve de esta noche, cinco minutos despues su marido lo sabrá todo. *Desaparece. Al marcharse Luisa encuentra á Bernal en la puerta del fondo.*

ESCENA VII.

LUISA, BERNAL.

Bernal. Sin moverse de su posicion, ¡Y bien!.....

Luisa. Con voz apagada, ¡Nada!

Bernal. ¡Miserable!

Luisa. Me he postrado á sus plantas, las he regado con mi llanto, todos los recursos he apurado para que se condoliese de mi triste desventura; y todos, uno trás otro han fracasado ante su irascibilidad y su sed de venganza. ¿Sabes á que precio quiere desprenderse de esas funestas cartas? *Se oculta el rostro.*

Bernal. Con inquietud, ¿A que precio?... no sé..... puede que me lo presuma..... Sácame por piedad de tan grave conflicto!

Luisa. ¡Moriríame de verguenza y de dolor!

Bernal. ¡Ah! ¡Todo me lo temia de sus depravados intentos! Hombre desnaturalizado, valerte de tan iniquos medios para saciar tu liviandad, es el colmo de la mas refinada villanía. Vamos, el tiempo urge, es preciso tomar una pronta determinacion; ó abandonar para siempre estos lugares saltando por todos los deberes á que estás obligada, ó bien sufrir las consecuencias de un corazon indignado tan pronto como el general tenga las pruebas de su deshonra.

Luisa. Como que le ha acudido una idea, ¿Y si pudiésemos inutilizar esas pruebas? Entonces los proyectos vengativos de Santerre se estrellarian sin obtener los resultados que apetece.

Bernal. ¿Pero, como hacerlo?

Luisa. Las cartas las guarda en aquella cómoda, *la señala.*

Bernal. Adelantandose, ¿Quien te ha podido decir eso?

Luisa. Santerre.

Bernal. ¡Será posible! como!..... en aquella cómoda has dicho!.... ¿Estás cierta que están ahí?

Luisa. Si.

Bernal. Véte, Luisa, déjame, no me detengas, no hay que perder un instante, podria él aparecer y entonces todo acabára ya. Cualquier sacrificio será poco para arrebatárselas.

Luisa. Pero, solo en este aposento.....

Bernal. Impaciente, Márchate, te lo suplico encarecidamente; considera que vamos á perdernos para siempre si no escuchas mi voz.

Luisa. Con ansiedad, Si por desgracia te encuentra aquí.

Bernal. Resueltamente, Su presencia no desarmará mi brazo; que venga y lo tiendo cadáver á mis pies. *Empuja á Luisa hácia fuera cerrando con prontitud la puerta. Se dirije á la que se supone conducir al dormitorio y despues de haber estado observando por un breve rato la cierra tambien con el mismo tiento, tomando iguales medidas respecto á la otra puerta lateral.*

ESCENA VIII.

BERNAL.

Bernal. Sumamente inquieto, Vamos..... la ocasion no puede ser mas oportuna, es preciso tomar un franco partido, decidirse ahora mismo sin volver la vista atrás; si, le robaré esas cartas en las cuales cifra su afan para entregarse con la probabilidad del triunfo á la mas fiera venganza. *Indeciso*, ¡Que es lo que me sucede! ¡Que mano oculta detiene mis impulsos! ¡Que estraño poder intenta enervar mis enojos! ¿Acaso me

faltaria valor, suficiente energía, para llevar á cabo una determinacion que tan intimamente están enlazadas mi tranquilidad, mi existencia? ¿De tal modo me abandonarán las fuerzas en este momento de angustia y tribulacion? *Se enfurece*, No, hagamos un descomunal esfuerzo sobre nosotros mismos, seamos dignos de aquel que provocó nuestro justo furor, sepamos concluir con la misma entereza, con infamia igual, mas abominable todavia si cabe con la que ese aborto de la naturaleza inauguró su obra, monumento eterno de iniquidad y de oprobio. *Va á escuchar con precaucion por las cerraduras de las puertas. Cierto de que por todas partes se nota el mas profundo silencio, se dirige á la cómoda y como está cerrada con llave sus esfuerzos para abrirla se hacen infructuosos. Viendo que no puede conseguir sus intentos esclama desesperado*, Ábrete tierra, manifiéstame la grieta en que me haya de confundir, y trágame de una vez en tu insondable abismo. ¡Que, ya no hay rayos en el firmamento para lanzar contra un mísero mortal que hace befa de cuanto canonizan y ensalzan sus semejantes! ¿Donde está la diestra vengadora de la celeste cólera? ¿Donde?..... ¿Su decantada omnipotencia, su infalibilidad, porque no aparecen en este momento de prueba? *Redobla sus esfuerzos*, Cómoda maldita, el infierno ha interpuesto su poderío para enervar y destruir mis fuerzas, sea pues; aqui estoy resuelto á disputar su bravura, y en tan desesperada lucha veremos quien de los dos se alza.... con.... el.... triunfo. Tambien el largo catálogo de mis maldades han merecido la saña y animosidad de aquel ser vengador que te lanzó á vegetar encima de la lava de un volcan eterno. ¡Tambien réprobo como tú me veo sumido en la nada

y en la desesperacion !!!! ¡ Ah ! no puedo mas ; *desiste de su empeño*, un copioso sudor baña mi cuerpo, el corazon parece quererse salir de su centro, todo me abandona en este fatal momento, hasta el ayre que para respirar necesito. *Vuelve maquinalmente la cabeza, se apercibe de las pistolas que están sobre la mesa y tomando una la dispara en la cerradura de la cómoda; por este medio ha conseguido abrirla, e apodérase de las cartas y huye. En este momento sal precipitadamente Santerre, coge la otra pistola y vase corriendo trás de Bernal.*

Santerre. Vil ladron, suelta al instante esos papeles, detén tus pasos, ¿ no me oyes ? *La escena queda desierta. Desde dentro.* Alto repito ó mueres asesinado. *Óyese una detonacion y luego un hondo gemido.*

ESCENA IX.

JOSÉ, DOS CRIADOS *y luego* SANTERRE.

José. Sale azorado por la puerta lateral de la derecha seguido de dos criados armados. Por aquí, por aquí, muchachos ; vivo, vivo, no dejar nada que revolver. *Se detienen,* Ufff.... estoy echando los bofes, respiremos mientras es tiempo que en verdad son cosas para hacer perder la cabeza. Que diantres, tampoco se ven por este lado ; sin embargo los ladrones no pueden haberse evadido, quizás se hayan acurrucado en el dormitorio de nuestro amo, vamos á registrarlo escrupulosamente ¿ no es verdad vosotros ? Dragones á escape. *Entran en el dormitorio volviendo á salir p ocos momentos despues con la misma precipitacion.* No importa, no abatirse ni perder los ánimos sobre todo ; pardiez que no hemos de tardar en encontrarnos con los infames que invaden á mano airada la propiedad ;

no dar cuartel á gente de semejante calaña, ¿ estamos al caso? ¿ Que decia yo? Mirad como han descerrajado esta cómoda, ladrones, á escape otra vez, muchachos, no haya miedo que ya estoy yo. *Se precipitan á la puerta del fondo en el momento que aparece Santerre abatido y con las facciones descompuestas trayendo un pliego de papeles*, Aqui están, compañeros; á ellos, asegurad sin compasion á cuantos vayan entrando; á buena pieza; á fe de José que no me escapas. *Al observar que es su amo á quien atropellan retroceden estupefactos.*

Santerre. Con voz apagada, ¿José, que significa todo eso? *A los criados* ¿Que haceis vosotros aquí? ¿A donde quereis ir con esas espadas? *Queda pensativo*, En la antesala está tendido un cadáver, recogedlo y ocultadlo en cualquier rincon de la casa. *Se van los criados*, José, arregla el equipage y procura hacer que todo esté dispuesto para marchar dentro de una hora.

José. ¿ Que direccion quereis tomar, señor?

Santerre. No lo he pensado todavia. En cualquiera parte del mundo estaré mejor que aquí; quiero abandonar para siempre la Francia ¿has oido? para siempre. *Ha estado haciendo pedazos del pliego que tenia en las manos.*

3 0112 117465093

Véndese en Barcelona en la Imprenta de D. Antonio Albert, calle de S. Pablo núm. 30 y en la libreria Española, calle Ancha, á 4 reales.